la estafeta literaria

sale sábados alternos

1966

ENERO 29 — 15 PTS. — N.º 336

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

14 MAR. 1966

Encima De La Mesa

REINCIDENCIA EN CASONA. CARACAS

EL DIARIO «LA REPUBLICA», DE CARACAS, PUBLICA EL 26 de DICIEMBRE un comentario, respuesta a LA ESTAFETA LITERARIA. Lo reproducimos íntegro y ampliado de tamaño en fotograbado, para que sea más legible todavía, para que lo pueda leer el más miope, e incluso para que los cortos de vista se mareen.

(Pasa a la página 3.)

FANTACIENCIA

la NOVELA como «CIENCIA FICCION»

OVID S. CROHMALNICEANU

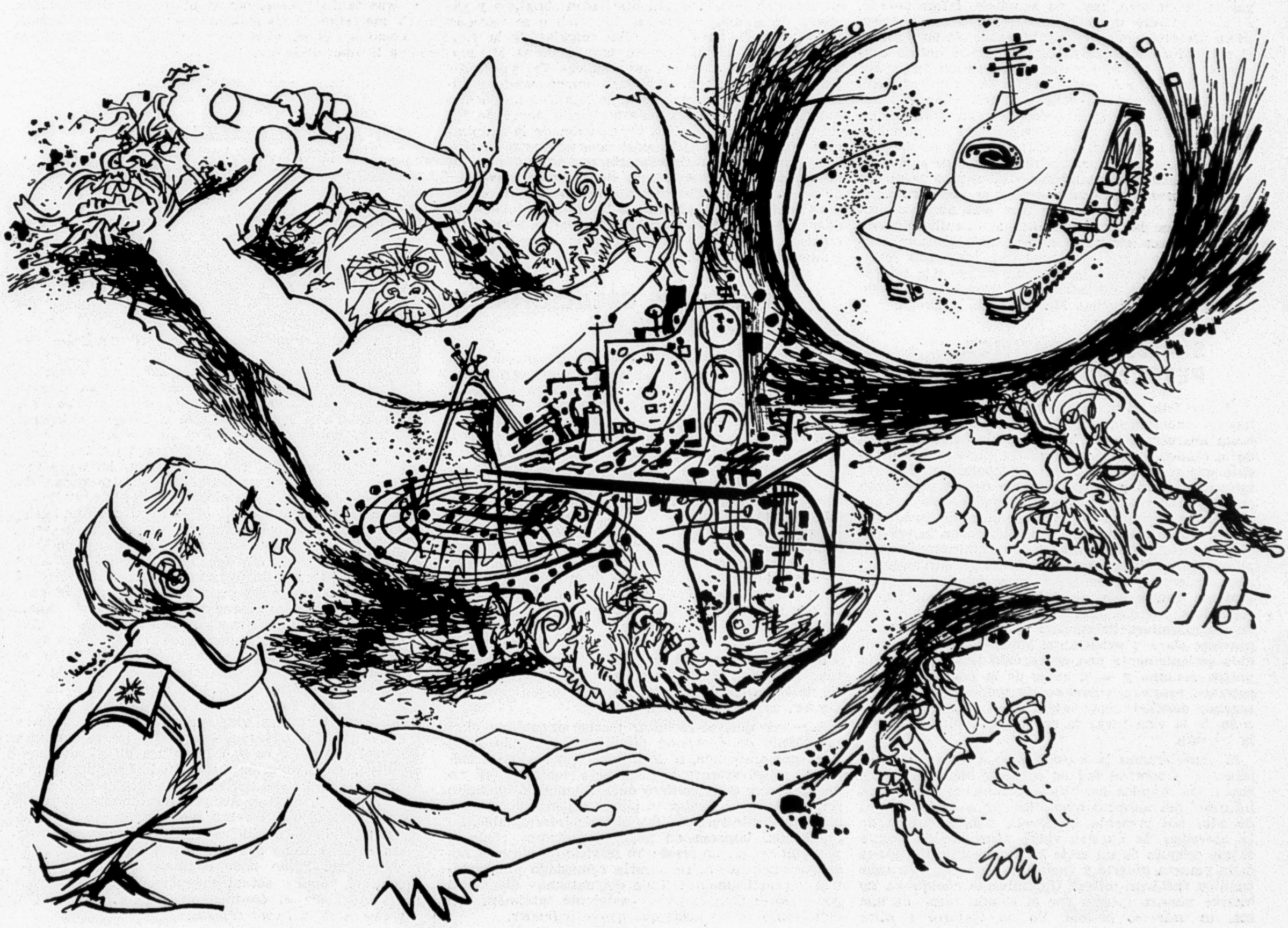
CONSIDERADA desde cierto punto de vista, toda novela es literatura de «ciencia ficción». No quiero hacer afirmaciones paradójicas, pero estoy convencido de que llegamos a esta conclusión al investigar sin prejuicios la naturaleza íntima del género. ¿Es la «ciencia ficción» otra cosa que una transposición del lector a un universo desconocido, posible y asombroso por su coherente novedad? ¿Y no es esto lo que exactamente hace la novela?

LA NOVELA NO ES RECONSTRUCCION

Es un error muy corriente creer que la novela, de atenerse a las reglas del realismo, se limita a «reconstruir» el mundo circundante conocido. Perderíamos el tiempo con la lectura de Balzac y Tolstoy si permaneciésemos allí donde, de todos modos, nos encontramos ya. Toda obra realista digna de tal nombre rompe los moldes de la experiencia directa y pone al descubierto la estructura inaudita de los elementos de nuestro universo familiar, al desplazarnos prácticamente a una *terra incognita*, aunque nos parezca ser nuestro mundo cotidiano. Un autor de ciencia ficción ha convertido esta idea en tema de una de sus novelas sin más que enviar a su héroe a un planeta que, entre otras muchas posibilidades, posee la singularidad de parecerse, en general, a la Tierra. Bastan unas diferencias mínimas para que este planeta aparezca como un mundo de locos para todo visitante procedente del nuestro. Pero el autor se equivoca si cree que emplea un truco original dentro de la «ciencia ficción». En el fondo, Balzac, Stendhal, Dickens y Tolstoy no hicieron otra cosa. Y todos convienen en que es idéntico el proceder de Joyce, Kafka o Camus. Resulta fácil demostrar que también los grandes novelistas del realismo nos conducen, sin que lo advirtamos, a mundos ignotos con estructura propia. Balzac y Stendhal describen la misma sociedad en un momento histórico que es aproximadamente el mismo. ¿Cabe imaginar que Lucien Leuwen penetre, por ejemplo, en el universo de *El padre Goriot* sin llevar el traje protector de los cosmonautas camino de planetas extraños? En otros casos experimentos tales pueden motivar explosiones catastróficas, lo mismo que en la «ciencia ficción», si ambos mundos están compuestos de materia y antimateria. Pensemos solamente en lo que significaría el intento de fundir *Los endemoniados* con *Madame Bovary*. Es de desear que todos nos encontremos lo más lejos posible del lugar en donde sería posible semejante colisión. Creer que la novela «reproduce» una realidad conocida ha dado lugar a muchísimas obras, fatigosamente muertas antes de nacer, las cuales no sólo no nos llevan a mundos vivos, sino a museos Grévin —incluso provincianos— con su croniquilla local ilustrada con figuras de cera.

FANTASIA EN PRINCIPIO BASTANTE MANIATADA

La novela, ¿puede renunciar al realismo y apoyarse exclusivamente en construcciones fabricadas según la fantasía? Creerlo es otra equivocación, cuyas consecuencias son igualmente funestas: no existen universos sin cohesión íntima. El caos total se reduce a las banalidades más absolutas, como bien demostró Syme, el héroe chestertoniano de *El hombre que fué jueves*. Pero ningún ingenio es capaz de insuflar a sus invenciones la coherencia de todo un universo si no parte de la observación de la vida. Hasta las construcciones más grandiosas de la fantasía han de respetar esta exigencia si ambicionan constituir un mundo propio. El estudio atento de la realidad se efectúa también en las deformaciones de la experiencia genérica y directa. Y no cabe hacerlo de otro modo que no sea sabiendo cómo se producen estos fenómenos en la realidad. Robert Pinget —para tomar un ejemplo del *nouveau roman*— construye en *Graal Flibuste* geografía, mitología, historia y sociología imaginarias partiendo de una observación rea-



— Oye, ¿no fué hace poco menos de un año cuando se habló tanto de que se habían visto platillos volantes por ahí?

(De *Album Serafín*, Ediciones Marte, Barcelona, 1965.)

lista sumamente sólida, y esto porque pretende negarlas sistemática, pero no simplista, infantilmente, s i n o mediante una estructura tan desconcertante como perfecta, congruente y plausible. El puro soñar, el sueño inconsistente y borroso no nos habría conducido a tan extraño planeta, que, sin embargo, nos da vivamente la sensación de *existir* y posee todas las propiedades de lo concreto; más bien nos habríamos perdido en un océano estelar infinito, en una monotonía imprecisa y oscura. En fin de cuentas, realismo significa, novelísticamente, cohesión, estructura «cosmológica», facultad para descubrir la multiplicidad de posibilidades vitales y su complejo mecanismo. No olvidemos que, por definición, la «ciencia ficción» quiere ser una síntesis entre las facultades de la fantasía y las de la utilización de las ciencias exactas. Ahora bien, tal ambición condiciona asimismo el arte moderno, como con razón ha observado Walter Jens en un ensayo que tal vez sea su pesquisa estilística más importante, desde Büchner hasta Thomas Mann, Kafka y Broch.

SINTESIS CIENTIFICA, PERO NO CIENCIA

El novelista no puede permitirse el lujo de ignorar hoy la experiencia del científico. Pero cuando intenta abarcar la masa infinita de las determinantes de la realidad opera con *modelos*, pues ha comprendido que es imposible el agotar todas las hipótesis teóricas valiéndose nada más que del abismamiento en el yo. El novelista moderno, que aspira a comprehender el universo y no se da a la ilusión de practicar un diletantismo gnoseológico en la era del cálculo electrónico, procede de la misma manera, puesto que estiliza, abstrae e investiga un material vivo, inmenso, pero estudiado muy detallada y exactamente con ayuda de valores parabólicos representativos. Lo que obtiene gana en transparencia, no por alquitara lírica, sino por iluminación intensamente clara y penetrante. Marín Preda ha defendido recientemente una concepción tan rígida en la prensa rumana y es el autor de la novela *Los Morometes*, resumen auténtico de todo un estilo existencial, destilado con originalidad soberana de la zona de la vida rural de su patria, explorada hasta la hartura.

Si consideramos la novela como «ciencia ficción», tenemos la oportunidad de observar mejor aún otra cosa: los mundos posibles son innumerables en la infinitud del universo hipotético. ¿Nos da igual cuál de ellos nos presenta la novela, habida cuenta de la brevedad de nuestra vida? ¿Nos es indiferente el que después de un viaje largo y pesado lleguemos a un planeta muerto y vacío o a otro que Dios sabe cuántos visitaron antes? Un universo cualquiera no merece nuestro interés por la simple razón de que sea un universo posible. Yo no viajaría a Alfa-Centauro para descubrir lo que sé hace tiempo, o para hacerme la ilusión de que, por el hecho de que allí los lobos coexistan pacíficamente con las ovejas, sea esto una ley universal.

LA ESTETICA, LA POBRE, ESTA MAS BIEN ETICA

Tengo la impresión de que no son pocos los novelistas actuales que cometen este error. Nos ofrecen singladuras poco instructivas y aventureras, es decir, poco seductoras. Poseídos por una idea fija, olvidan que también han de agradar. «Reconstruyen», «describen», «enumeran», «descubren», ponen de relieve los mecanismos oscuros de la memoria, demuestran la relatividad de los testimonios oculares, resaltan la duplicidad del comportamiento humano, etcétera. Todo ello supone, sin duda, una serie de hallazgos valiosos para la observación y nos lleva a una realidad distinta. Pero no es absolutamente necesario que tal idea sea interesante, que no la prefiramos a otras. El placer de la lectura, en el buen sentido de la palabra (que implica todo lo que es conocimiento, enriquecimiento espiritual, vida, conmoción interna fructífera, etc.), se olvida a menudo —me temo— en favor de estas determinantes que se defienden por razones diversas, pero entre las que precisamente falta la estética. Como contraste, me gustaría mencionar uno de los pocos ejemplos afortunados dado últimamente por Raymond Queneau en su novela *Le fleur bleu*. Aquí no faltan, efectivamente, los experimentos audaces en distintas direcciones, pero el libro es además delicado, porque no olvida agradar en ningún momento. Y esto último es lo que no se puede decir de tantas otras novelas que arman mucho jaleo al aparecer y a los pocos meses se sepultan vergonzosamente en el olvido.

También la «ciencia ficción» comete esta falta radical de la novela contemporánea. Con demasiada frecuencia se conforma con buscar lo novedoso, imprevisto y atractivo mediante una amplificación sencilla, aritmética de nuestros medios usuales de percepción. Por ejemplo, nos permite ver lo que sucede a distancias enormes, oir voces de otras galaxias, movernos a la velocidad de la luz e imaginarnos que trastocamos todo nuestro sistema imaginativo. El efecto es nulo, porque una simple extrapolación —por audaz que sea— no puede convertirse nunca en aventura espiritual. Cuando esperamos encuentros y experiencias nos topamos con competiciones deportivas banales. Algo parecido ocurre también con muchas novelas contemporáneas. El punto de arranque de su universo resulta ser la hinchazón simplista y obsesiva de algunos supuestos. El objetivo se estrecha cada vez más para captar las migajas de la vida bajo la lente del microscopio, ampliando así sus movimientos hasta proporciones cósmicas. Tales recursos perceptivistas, aunque impliquen muchas ventajas innegables para la valoración de la minucia, no pueden modificar la naturaleza del espectáculo observado. En Proust, Svevo y Musil la persecución de la palpitación imperceptible de la existencia no queda en sencillo experimento de laboratorio, que se contenta con aislar la muestra en el tubo de ensayo. El examen al microscopio de las motivaciones espirituales nos lleva, casi imperceptiblemente, a un mundo que no es menos fascinante y revelador que el de Balzac. La *creación* está siempre presente y nos tiene constantemente en un puño.

PROBLEMAS CREACIONALES DE LA NOVELA

¿No se puede relatar o describir ya en el estilo de la novela tradicional, porque hemos perdido la despreocupación del lector de hace cien años? Es evidente que el sentido de la convención destruye el encanto de la lectura y la seguridad de asistir a una representación de linterna mágica, impidiéndonos creer en su realidad en el momento en que deberíamos sentirnos en lo más hondo de la serie de imágenes. Pero también aquí se trata de un problema *creacional*. Si, por ejemplo, nos adentramos en el universo de Dostoyevski, se nos olvida que hojeamos las páginas de un libro y que el autor no rehuye emplear los medios narrativos o descriptivos más ortodoxos. En aquellas novelas de donde está ausente la creación, advertimos corrientes determinadas incluso cuando no existen. Pero no va al cine el incapaz de olvidar que a sus espaldas está el operador dándole a la manivela.

En la novela rumana contemporánea vemos resultados muy dispares en los experimentos narrativos: *El pobre Ioníde*, de George Călinescu; *Descalzo*, de Zaharia Stancu; *El pozo*, de Iogen Barbu, o *La sed*, de Titos Popovici.

Acontece que, al rechazar tesoneramente un cierto módulo de expresión porque en principio se le tiene por anticuado, se le insufla nueva vida al cultivar exclusivamente la tendencia contraria. Si no me equivoco, Gide confesó que él —saciado de tanto refinamiento— buscaba un placer superior en el abismarse en la lectura de una historia interminable, lacrimógena, impresa en papel de estraza. ¡Que el *nouveau roman* no preste un servicio parejo a la novela tradicional, al rechazarla demasiado programática y prácticamente! Todo dogmatismo —digámoslo por conocer bien el paño— repercute fatalmente en detrimento de las ideas que quiere defender.

EL AMA

CUANDO Luisito Ponce —alias «Tebib-Al-Barbacana»— me pide esta colaboración, como las pide siempre, por teléfono y con urgencias de primeriza, creí liberarme en seguida del encargo: «situación actual del género en el mundo y particularmente en España, últimas novedades, algún autor o autores especialmente calificados, etc...» Y creí poder hacerlo porque mi primera impresión es más bien pesimista.

Aclaremos, porque si no va a ser un lío, que Luis me pide escriba sobre la literatura de clase especial llamada «Fantaciencia», «Science-fiction» y fantasía científica. Mis méritos pueden ser tres dentro del género: *La nave*, *Dentro de mucho tiempo* y *Marsuf, el vagabundo del espacio*, bastantes artículos y una afición muy considerable. Hace un par de años hubiera jurado que la literatura de «science-fiction» iba en camino de superar, incluso a desterrar de las preferencias populares, a la novela policíaca. Actualmente, debo ser más cauto. La novela policíaca, debido al cine y a la apertura hacia la «novela negra», morbosa y erórita, ha resurgido espectacularmente. Por contra, la fantaciencia, debido al agotamiento de sus primates y el cansancio editorial, se ha detenido, incluso creo que ha bajado mucho. En todo caso, no ha subido.

Y como iba diciendo, al recibir el encargo, iba a escribir en este sentido. Por un prurito de honradez profesional y a fin de completar mi documentación, me decidí a buscar en mi biblioteca las novedades de los últimos meses. ¡Dichosos encargos! Llevo tres horas buscando libros y autores, y tengo ante mí quince o veinte títulos, representativos a su vez de otras tantas colecciones, publicaciones o tendencias. Y me refiero a los publicados en castellano; lengua, como es sabido, de la madre patria y sus hijas allende la mar atlántica.

LA FANTACIENCIA, A LA DEFENSIVA

Un anticipo, pues: la fantaciencia no ha conseguido el triunfo popular, clamoroso, que le deseamos sus partidarios. Mantiene sus posiciones, en espera de una ofensiva. Incluso se advierte cierto cambio en las posiciones, incluyendo la adopción de nuevas armas que a mí, por mal ejemplo, no me gustan demasiado.

La mejor colección de novelas de fantasía científica que se publica en lengua española es la llamada «Ciencia-Ficción», publicada por Ediciones Minotauro, de Buenos Aires. Lleva publicados unos veinte títulos y se ha desdoblado en otra, llamada «Spectrum», para dar cabida a los fantásticos, a lo que podríamos llamar fabuloso o quimérico. La extraordinaria selección de los textos, la cuidadosísima traducción y la exigente edición, convierten estos libros en verdadero bocado de cardenales —suponemos que del Renacimiento—. A España nos llegan con cuenta gotas y a caro precio. No obstante, son libros buscados y acogidos con alborozo. En la primera serie, autores como Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Fredic Pohl y C. M. Kornbluth, Arthus C. Clarke, Alfred Bester, John Wyndham, Lovecraff, Clifford Simak, Olaf Stapledon, Fowler Wrigth, Richard Matheson, William Sloane o Isaac Asimov, nos hablan de nombres ya clásicos, una vieja ola, como si dijésemos. Títulos como *El dia de los Trífidos*, *Juan Raro*, *El hombre ilustrado*, *Crónicas de Marte*, *El fin de la infancia*, *El color que cayó del cielo*, *Ciudad*, *El hombre demolido* o *Sirio*, nos introducen a una literatura que contra lo que cree el común de la gente, no toca los viajes espaciales, los combates entre galaxias o las aventuras de los supermanes. Por el contrario, es una literatura difícil, atormentadora, de fabulación intelectual. La telepatía, la telequinesia, la teleportación, la prognosis, la clarividencia y, en fin, los poderes humanos latentes en la mitad del cerebro que permanece dormido, son materia para alucinantes utopías, donde el *homo sapiens* tiene sus días contados ante la inminencia del *homo novo* o nuevo hombre, ante el cual, el hombre actual se encuentra en la misma situación que el cro-magnon ante el Neardenthal y éste ante el *homo sapiens*.

NECER DEL «HOMO NOVO»

TOMAS SALVADOR

TRIFIDOS, CRONOPIOS, GRIFOS Y QUIMERAS

La colección «Spectrum» son textos mágicos de grifos, quimeras y bellas utopías. Uno de sus títulos es de Jorge Luis Borges, algo bellísimo que no vuelve a los tiempos medievales. Julio Cortázar, otro hispano-americano, firma *Historias de Cronopios y de Famas,* y si tienen a mano un diccionario me ahorrarán muchas palabras. Algo delicioso, entre lo mitológico y lo cotidiano. Otros tituluos son *Las doradas manzanas del Sol,* de Ray Bardbury, y *Los cristales soñadores,* de Teodhore Sturgeon, apartadas un tanto del quehacer habitual de estos autores, pero dentro de una magia utópica y evasiva.

Pero el avance del año, la aportación más considerable, entendida en cuanto a divulgación popular, nos viene, de esta misma editorial «Minotauro», en una colección nueva, barata, de cuentos y novelas cortas. Se llama, sencillamente, *Minotauro. Magazine de fantasía científica,* y consiste en la versión castellana de la *The Magazine of Fantasy and Science Fiction,* publicada en Norteamérica. Que yo sepa, a España han llegado los cinco primeros números y su calidad es excelente. Consiste —digámoslo de una vez— en una selección de cuentos y temas científicos, al modo de los digestos americanos. Aparte de cultivar el relato corto, sirve para darnos nombres nuevos, nuevas técnicas y novísimas orientaciones del género. Más tarde volveremos sobre ello.

Continuando nuestro catálogo de publicaciones, vemos que el «magazine» antes aludido hereda la clientela y la fama de otra publicación, también argentina, titulada *Más allá,* que después de llegar a casi el centenar de números, pereció sin que sepamos las causas. O cuando menos, a España ya no llegan ejemplares. *Más allá,* para los que conservamos la colección, es un tesoro inapreciable. Cada número contenía varios relatos cortos, una novela larga y diversos artículos científicos. Hace diez años, por ejemplo, cuando la novela larga todavía no se publicaba, constituía la base de nuestra información al respecto.

Parecida a ésta existía hace cinco años, y nos llegaba a España, una mejicana titulada *Ciencia y Fantasía,* publicada por «Novaro», la empresa editorial más fuerte del país hermano. Por lo que deducimos, la publicación mejicana tenía la misma base que la «Minotauro», o sea, ambas se basaban en la licencia de *Magazine of Fantasy and Science Fiction,* con lo cual queda hecho el elogio de su calidad.

Argentina era también la colección *Fantaciencia,* publicada por la Compañía General Fabril Editora, de Buenos Aires, la cual, según rumores escuchados hace tiempo, quebró, aunque suponemos que no por culpa de la colección «F». Dicha serie llegó a publicar dos docenas de títulos, con buenos autores, principalmente anglosajones, aunque no tan buenos, ni tan bien traducidos como los de «Minotauro». Aun así, merecen citarse los Cyril Kornbluth, Isaac Asimov, Jerry Solh, Wilson Tucker y Harold Mead.

Argentina, también, es la editorial ACME y suyos los títulos de una colección llamada *Robin Hood del Espacio,* que llegó a publicar bastantes títulos, de autores famosos, como Asimov, Lester de Rey, Clarke y Wollheim. Como el título indica, era selección, digeridas y adaptadas para mentes juveniles, y eso, si bien le quita un valor puramente literario, se lo da como experiencia a fin de llegar a la masa de lectores futuros. La colección *Utopía,* también argentina, publicó de forma modesta algunos títulos, nc despreciables, en edición barata.

Y si antes citamos a la Compañía General Fabril Editora, por una colección exclusiva de *Fantaciencia,* digamos que en otras colecciones, como la famosa *Libros del Girasol,* publicó algunos títulos del género, como *La nube negra,* de Fred Hoyle (de ella me hablaba recientemente el profesor Miratvilles como la mejor que había leído, cosa que no comparto), y *Un guijarro en el cielo,* de Asimov.

ESPACIO ESPAÑOL PARA EL ESPACIO

Llegados a este punto, ustedes se preguntarán si todos los autores son anglosajones y todas las publicaciones se han publicado en América. No es así. En España se han hecho varios intentos, algunos considerables. La Editora y Distribuidora Hispano-americana (EDHASA para los íntimos) lleva varios años publicando una colección denominada «Nebulae», que a estas alturas lleva en la calle bastante más del centenar de títulos. Es una colección respetable, que si no tiene la calidad, el grado selecto de «Minotauro» es porque de entrada ya se decidió fuese literatura popular, quiosquera o barata, como quieran denominarla. Su selección es muy amplia, demasiado para citar títulos y autores; junto a clásicos como Heinleim, Clarke, Asimov, Wyndham, Brown, Simak o Sturgeon, ha publicado nombres nuevos y, sobre todo, nombres españoles, que citamos gustosos para incorporarlos a las antologías del género, aunque, justo y necesario es decirlo, su madurez no puede compararse a los maestros del género. Estos nombres son Antonio Ribera, el más veterano de los escritores españoles del género, que ha publicado en «Nebulae» lo siguiente: *El misterio de los hombres peces, El gran poder del Espacio, Ellos* y *Los comandos de la Humanidad.* Le sigue Domingo Santos, que ha publicado: *Volveré ayer, Gabriel* y, en otra colección, *Extraño visitante.* F. Valverde Torné ha sido otro español que ha publicado en EDHASA, *La gran revelación* y *Los enemigos del Sol.* Según nuestras noticias, esta editorial prepara un libro con varios autores españoles, conteniendo diversas narraciones, y hasta se habla de una publicación mensual a modo de «magazine». No cabe duda que realiza un esfuerzo considerable.

Pero no único. Se han publicado en Barcelona otras colecciones. Una de ellas, la llamada «Cenit», tiene casi cincuenta títulos en su haber, de autores poco más o menos parejos a la «Nebulae», aunque pésimamente traducidos y editados con marchamo popular. No se sujeta a un ritmo continuado y es como el Guadiana de la fantasía científica. Algunos de sus títulos son buenos.

Otra colección es la *Galaxia,* lanzada por Editorial «Vértice», también rondando el medio centenar de títulos. Junto a títulos muy buenos, tiene otros pésimos y desconcierta. Falta un criterio auténticamente selectivo. Se abastece de los increíblemente prodigados Heinleim, Asimov, Clarke, Korbithut, Murray Leinster, Bradbury y Anderson. ¿Pero es posible que hayan escrito tanto estos hombres? Junto a ellos, nombres desconocidos que apenas nos dicen nada.

Sin embargo, en esta colección ha salido para nosotros la mejor novela de fantasía científica del año y una de las mejores jamás escrita: *Limbo,* de Bernard Wolfe. Una extraña teoría del futuro, involucrando un proceso filosófico: los «ampos» o mutilados voluntarios para acabar con los órganos agresivos. Algo alucinante, expuesto con teutónica minuciosidad, dentro de un estilo libre que lo involucra todo, desde el erotismo a la política, pasando por la guerra y la paz.

Merecen citarse, en el panorama de las publicaciones de fantasía, las antologías o selecciones que publica la editorial «Acervo», ya en la categoría de libro de precio, o de librería. Va por la quinta selección, las dos últimas en este año pasado de 1965, reuniendo diversos autores, preferentemente de la nueva ola. La selección está hecha con buen criterio y hasta descubre a un autor español: José María Aroca, autor de *La marca de Caín,* del cual ignoramos más datos.

La editorial «Plaza-Janés» ha hecho un intento de colección, a modo de nave exploradora, en la colección «Constelación», donde ha publicado dos títulos: *«A» de Andrómeda,* de Fred Hoyle y John Elliot, y *Nieve mortal,* de Richard Holden, de calidad un poco dudosa y más cerca de la novela de intriga que la de fantasía. También, fuera de serie, en sus novelas populares, ha publicado *El planeta de los simios,* del francés Pierre Boulle, el autor de *El puente sobre el río Kwai.*

Alguna otra editorial, como «Ferma» y «Toray», están tratando tímidamente de introducirse en el mercado. Pero sus libros son muy desiguales y malas las traducciones. Llevan, demasiado visible, el estigma de literatura de quiosco. Y conste que de ésta no hemos hablado, aunque podría citar cinco o seis colecciones, destinadas a un público popular, que prefiere la acción a la deducción.

UN AUTOR FUERA DE SERIE

Fuera de serie conviene citar a un autor español, a mi juicio el que ha intentado con más valor, con más integridad, un tipo de novela utópica, idealista e idealizada, que posiblemente algunos no quieran incluir en la fantasía científica, considerada peyorativamente, aunque nosotros, que creemos en su calidad, adjetivemos de otra forma. Se trata de Pedro Sánchez Paredes. Sus libros *La ley viva* y *7 Apocalipsis* son muestras atormentadas y magistrales de una literatura que busca al hombre en sus «no límites» Todos sabemos lo que nos refleja, lo que nos contiene y hasta castiga. Pero, ¿son éstos realmente los límites humanos? Sánchez Paredes escribe una literatura que, hoy por hoy, asombra y extraña; pero que mañana será apreciada en toda su integridad. Hay un gran escritor y un gran soñador en ese muchacho. Habría que remontarse a Werfel para encontrar unas utopías como las que sueña Pedro Sánchez Paredes.

Y esta es, a grandes vuelos, la situación de libros, autores y editoriales cara a la literatura llamada de anticipación. Siento mucho que la simple relación me haya agotado el espacio disponible. Había guardado para el final mis marginamientos, pero habrá que esperar a mejor ocasión. El tema, desde luego, da para eso y mucho más y las deducciones ofrecen amplios caminos. El género está prácticamente dominado por los anglosajones, aunque en Francia, incluso en Rusia, apuntan buenos nombres. En España, los citados y, a mi juicio, una minoría muy selecta de lectores. No es mucho, pero menos da una piedra.

UN REPASO A LA PREHISTORIA

SI la aparición de novelas de ciencia-ficción no fuera en la actualidad tan profusa, tal vez careciera de interés el hacer mención de las mismas en cuanto que son considerados como *género* menor, en líneas generales.

Pero a cualquier parte adonde vayamos nos encontramos con un gran número de ediciones aisladas o pertenecientes a colecciones de temas de ciencias-ficción, que vienen a representar un elevado tanto por ciento de lectores interesados en estas novelas. Y estamos seguros que se leen en dosis masivas atendiendo simplemente, para llegar a esta conclusión, al sentido comercial de las editoriales. Si no fueran adquiridas por el público dejarían de ser publicadas en ediciones tan prolíficas.

Generalmente se cree que la ciencia-ficción (o ficción científica) dió comienzo con escritores como Julio Verne o H. G. Wells, cuando ya Luciano de Samosata se ocupaba del género en el siglo segundo de nuestra Era. A Luciano de Samosata se le suele considerar el primer autor de ficción científica por su obra *Historia verdadera*. Realmente, si no fué el primero, no tenemos hasta el presente noticias de predecesores suyos que se dedicaran literariamente a la ciencia-ficción.

Es cierto que la ciencia-ficción no podía existir hasta que no fuera un hecho la verdadera ciencia, pero también lo es que encontramos interesantes argumentos en la prehistoria por los que poder remover lo que ha conducido a la ficción científica.

Apuntaremos el descubrimiento de Henri Lhote, en 1956, en las grutas de Tassili, en el Sahara. En uno de los frescos—se sitúan en el neolítico—aparece dibujada con gran realismo una figura de seis metros de altura que Lhote llamó *El gran dios marciano*. Esto hace suponer que seres extraterrestres visitaron antes de nuestra historia la Tierra y mantuvieron contacto con los que entonces la habitaban. M. Agrest, profesor de Física y de Matemáticas en Armenia, así lo afirma junto con otros muchos investigadores.

Ya en terreno de documento conservado, desde un papiro a una cuartilla, tenemos:

ANALES REALES DEL FARAÓN TUTMES III (Fecha aproximada, entre 1404-1450 a. de J. C.).—«Un círculo de fuego que venía por el cielo..., no tenía cabeza..., no tenía voz.» En otra parte: «Aparecieron en gran número. Brillaban en el cielo... hasta los límites... del firmamento... Al anochecer... se elevaron a más altura en dirección al Sur.»

RAMAYANA (Poema hindú. Fecha aproximada de su iniciación es el año 1000 a. de J. C.).—En una de sus partes se describe el «carro celestial» *(Puspaka)*.

MAHABARATA.—Se expone el arte de volar en vehículos o *Vimàna Vidya*.

ESTANCIAS DE DZYAN (Literatura védica).—Se habla del Gran Rey de Rostro Resplandeciente, de sus carros y de sus armas de fuego *(Agnyastra)*.

SAMARANGANA SUTRADHARA (Obra sánschita).—Se da a conocer el sistema de propulsión de los *Vimanas*. «Cuatro sólidos recipientes de mercurio deben instalarse en la estructura interior. Una vez calentados por el fuego contenido en recipientes de hierro, la *vimana* adquiere la fuerza del trueno gracias al mercurio. E inmediatamente se convierte en una perla en el cielo.» Este libro pertenecía al grupo *Manusa*, sobre la realidad, a diferencia de los *Daiva* o míticos. Se añade en la obra: «Por medio de estas máquinas, los seres celestiales pueden descender a la Tierra.»

BIBLIA.—Diversos pasajes de gran interés entre los que destaca uno de Ezequiel, en el que se describe la aparición en torno a una nube densa de un remolino de fuego con cuatro seres vivientes.

PLINIO.—En Historia Natural, libro II, el autor comenta, entre otros muchos fenómenos, varios referentes al tema que tratamos. *Clipei ardentes, Chasma* (objetos semejantes a las famosas «bolas de fuego» aparecidas en tantos lugares en la actualidad), *Trabs* («forma de viga») y *Dolium* (nombre con que se designaban a unas ánforas para vinos y otros menesteres como el de guardar granos).

Un párrafo de Plinio: «Han sido vistos varios soles a la vez y también varias lunas. Frecuentemente, en cuatro ocasiones, aparecieron en grupos de tres; sólo una vez aparecieron durante el día, permaneciendo en el cielo desde la mañana hasta el anochecer.»

JULIO OBSEQUENS (Siglo IV de nuestra Era).—En su libro *Prodigia* registra extraños fenómenos ocurridos desde el año 222 hasta el 16 a. de J. C.

LICOSTENES.—«En Tarquinia, una antigua ciudad de la Campania italiana, se vió una antorcha ardiente que recorría el cielo. De pronto descendió. Al anochecer, un escudo llameante cruzó el cielo de Roma. Vino echando chispas del Occidente y desapareció hacia el Oriente.» «Un terrible signo apareció en el cielo, en forma de columna. Fué en la época del emperador romano Teodosio.»

LEFEVRE (Bibliotecario francés).—«En la noche de Todos los Santos de 1461 un brillante objeto del tamaño de la mitad de la Luna fué visto por espacio de casi un cuarto de hora sobre la ciudad.»

GERVASIO DE TILBURY (Inglés).—En una crónica recoge que en el año 1211 se divisaron naves aéreas en Gravesend (Kent).

NENNIUS (Cronista irlandés, 212 de nuestra Era).—Se refiere a naves «demoníacas).

MIRABILIA (Texto irlandés).—Se recogen manuscritos irlandeses en los que figuran referencias a objetos voladores. En *Speculum Regali in Konungs-Skuggsja* se detalla la nave «demoníaca» con bastantes detalles.

PARA PLUTARCO, LOS ESPIRITUS VIAJABAN DE LA LUNA A LA TIERRA

Los escritores griegos no se dedicaron, como los latincs, a observar tan detenidamente los fenómenos celestes, pero sus contribuciones resultan de las más interesantes.

Plutarco se dedicó con preferencia al estudio de la Luna. Y alrededor del año 70 de nuestra Era escribió *La faz de la Luna*. No podemos considerar el libro dentro del género de ficción científica, pero muy cerca anda de él. Se opina que la obra es incompleta, pese a ser muy copiosa en datos. Plutarco intentó en ella una recopilación de todo lo que se conocía hasta entonces de la Luna. Junto con esta parte científica tenemos otra que es de fantasía.

Los datos más a tener en cuenta de esta obra son los siguientes:

Opinaba, como Anaxágoras, que la Luna es una segunda Tierra.

La Luna no está habitada por hombres, sino por espíritus.

Las almas de los muertos iban y venían de la Tierra a la Luna.

Las almas, cuando aún no habían alcanzado la perfección junto con los espíritus coléricos, no eran admitidas en la Luna y se las enviaba nuevamente a la Tierra para que allí corrigieran sus imperfecciones.

LUCIANO DE SAMOSATA ROMPE FILAS EN LA FICCION CIENTIFICA

Luciano de Samosata escribió: «No había visto, ni realizado, ni sabido por un tercero, cosas que no existen ni nunca pudieron haber existido; así, pues, mis lectores no deben darles ningún crédito.» El autor dejaba así sentado que su obra *Historia verdadera* era un disparatado argumento únicamente debido a su fértil imaginación.

DE LOS PLATILLOS VOLANTES

JUAN JOSE PLANS

El argumento de *Historia verdadera* resulta tan ameno e interesante que no fueron pocos los escritores que posteriormente se inspirarían en él. Resumidos en su parte esencial:

Un grupo de navegantes atraviesa las Columnas de Hércules. Después de ochenta días se encontraron en una isla con una inscripción griega: «Aquí está el límite de los viajes de Hércules y de Dionisio.» Rienda suelta al humor de Samosata: Dionisio, dios del vino, había dejado una buena provisión del licor y los navegantes decidieron hacer una prueba organoléptica.

Continúan el viaje y son arrastrados por un torbellino. «... fuimos atrapados por una tromba de aire, que hacía girar nuestra nave como una peonza, y que nos levantó a una altura de tres mil estadios.» Prosiguieron subiendo y volaron por espacio de siete días «con sus noches» hasta llegar a la Luna.

Nada más «alunizar» se toparon con unos «buitres-caballos» que les hicieron prisioneros y los llevaron ante el rey de la Luna, Endimión. Este se hallaba en guerra con el rey del Sol porque (Norteamérica y Rusia) se disputaban el derecho de colonizar «Lucifer» (Venus). Naturalmente, los navegantes formaron en las filas de Endimión. La batalla «fué tan grande que los cielos se tiñeron de rojo».

Samosata describe a los selenitas bastante más avanzados que los terrestres. «Aborrecen lo que sea sucio e impuro.» Un selenita, al morir, se convertía en humo para evitar contratiempos a sus semejantes.

Luciano de Samosata es autor también dentro de este género de *Icaromenipo*. Aquí el protagonista fabrica unas alas artificiales—una arrancada a un buitre y la otra a un águila—y se lanza desde el Olimpo a los espacios para llegar a la Luna, que era su proyecto. También anduvo revoloteando por otros lugares, pero no fué muy bien visto esto por los dioses del Olimpo, que enviaron un mensajero para acompañarle a la Tierra.

UN GONZALEZ POR EL FIRMAMENTO Y EL «SOMNIUM» DE KEPLER

Kepler, famoso por haber descubierto las leyes que rigen los movimientos de los planetas, escribió *Somnium*. La duda es si fué acabado el libro antes o después de *Un hombre en la Luna*, de Godwin. El caso es que la fecha gira alrededor de 1634.

Somnium es más bien una obra científica con visos de argumento literario, para de esta forma darnos a conocer una serie de conocimientos suyos y de Brahe, con quien había trabajado. Duracotus es un muchacho islandés, hijo de pescadores. Su madre, Fiolxhilda, es una hechicera. A causa de que Duracotus rompe en una ocasión una de las bolsitas mágicas, su madre lo entregó al marino para quien estaba preparada la medicina. Y ahí comienza su volante recorrido.

Desde un punto de vista literario resulta mucho más interesante la obra de Francis Godwin *Un hombre en la Luna*.

Domingo González es el protagonista. Joven español de familia a menos, que por diversos avatares anda mal de fondos. Argumento resumido:

González mata a un hombre en duelo y marcha de la universidad. Llega a las Indias occidentales después de no pocas aventuras. Al regreso de las Indias cae enfermo y lo dejan en la isla de Santa Elena (por descontado, aún no había estado allí Napoleón y se trataba de un lugar inhóspito). Le acompaña su criado de color. Allí es feliz y se dedica a domesticar «gansas».

Construye una balsa y ensaya viajes transportado por las «gansas». Son recogidos por unos barcos y dejan la isla. González lleva a las aves amaestradas. Los barcos son atacados por la flota inglesa y huye montado encima de las «gansas». Llega a una isla, pero de ella se ve también obligado a salir con urgencia. Y para ello vuelve a utilizar a las aves. Pero llega a la Luna.

CYRANO DE BERGERAC Y SU EXTRAÑO PRINCIPIO DE REACCION

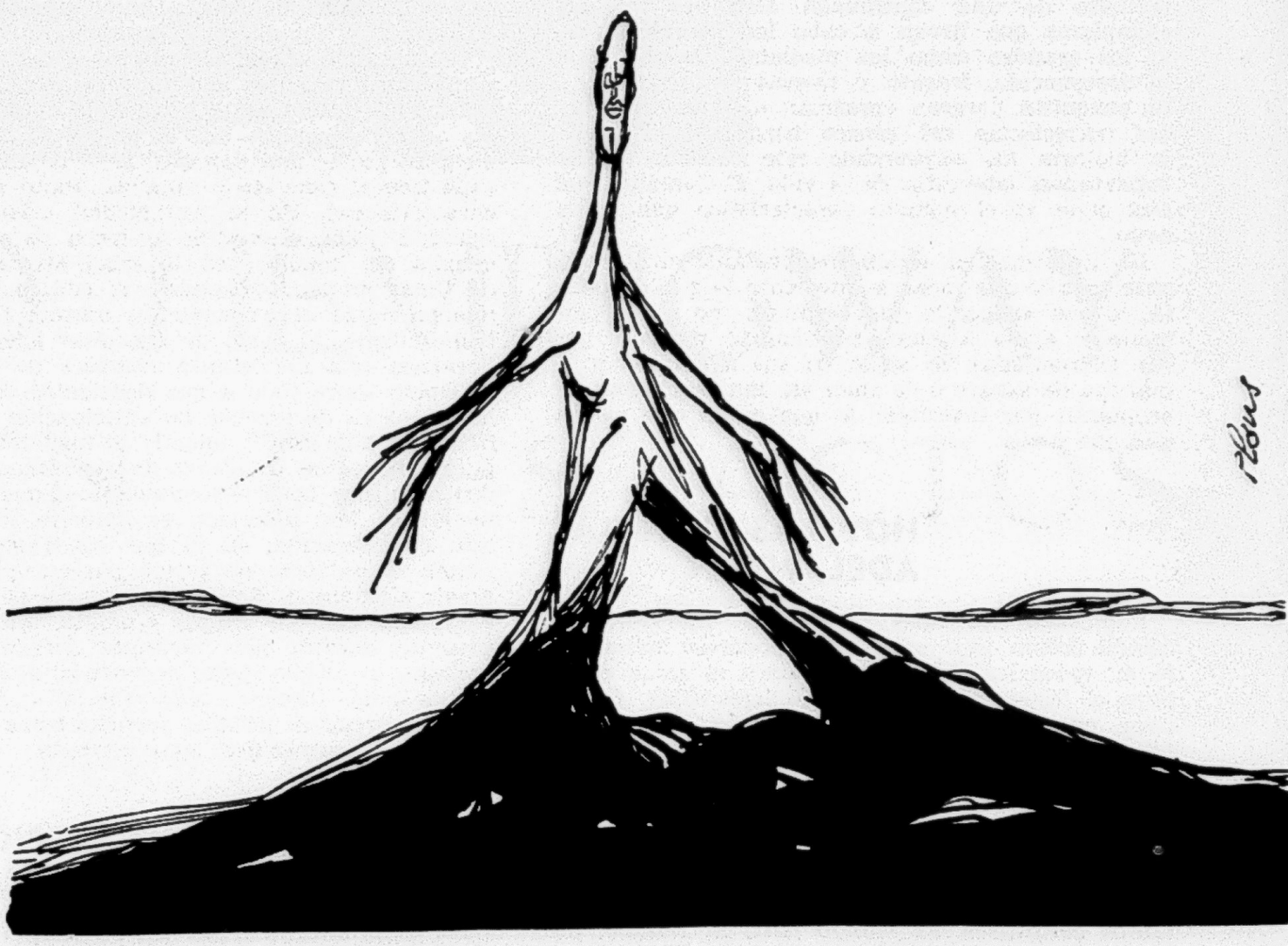
John Wilkins publica *El descubrimiento de un mundo en la Luna*. En la obra pretende demostrar la existencia de vida en otros planetas.

Y llegamos al famosísimo Cyrano de Bergerac—el hombre que ha sido mentado como charlatán, bufón, héroe, versificador, etc.—, con su obra *Viajes a la Luna y a los Estados del Sol*.

Dejando a un lado su no menos famosa nariz, hemos de decir que se trata del primer escritor que sugirió el principio de reacción para los vuelos espaciales. (El no lo llamó así ni de ninguna manera.) Los métodos son realmente originales:

Aparentemente, el Sol absorbe el rocío. Si un hombre lleva puestas encima muchas botellas con rocío será absorbido con ellas. El proyecto fracasó—según el autor—no por el rocío ni por las botellas, sino por él mismo, que al verse por los aires sintió miedo y comenzó a romperlas.

Una carroza con muchos petardos. Sube, y cuando la fuerza de los petardos da término, la carroza sigue ascendiendo porque el genio de Cyrano había untado las partes dañadas con «medula de animales» y esta sustancia fué absorbida por la Luna en cuarto menguante.



Bergerac sufría burlas en su país al decir que la Luna estaba habitada; pues bien, en la Luna también las sufrió al comentar que la Tierra tenía habitantes.

UN EXTRATERRESTRE NOS VISITA EN PLUMA DE MONSIEUR VOLTAIRE

Micromegas es un libro de Voltaire publicado en 1752 en el que se nos narra la llegada a la Tierra de un ser de proporciones gigantescas—al igual que su inteligencia—procedente de Sirio, en la constelación de Can Mayor. El extraterrestre se extrañó mucho del ridículo tamaño de los terrestres y prosiguió su camino después de haber almorzado dos montañas.

LA PRODUCCION EN SERIE CON BASE EN VERNE Y WELLS

Apenas unas pocas líneas para mencionar a Julio Verne y H. G. Wells, que rabiosamente comentados infinidad de veces, huelga aquí extenderse en los que han sido base para la producción en serie de novelas de ficción científica.

Julio Verne con *De la Tierra a la Luna, Viaje alrededor de la Luna, Héctor Servadac, Viaje al centro de la Tierra, La conquista del Polo* y *El zepelín de las nubes* no sólo dejó patente su gran fantasía, sino también sus extraordinarios conocimientos científicos.

H. G. Wells dió a conocer en 1898 su obra *La guerra de los mundos*, considerada maestra en este género. Wells escribió además *Los primeros hombres en la Luna*, siendo las restantes ya no tan específicamente de ciencia-ficción. En relatos cortos dejó también reflejada su maestría, como en *Cuentos del espacio y del tiempo, Doce historias y un sueño* y *La historia de Plattner y otros relatos*.

EDGAR ALLAN POE, BURROUGHS Y DAN DARE

En Norteamérica primero y después en todo el mundo, han sobrecogido a la humanidad las narraciones de Edgar Allan Poe. (No olvidamos su poema *Los cuervos.)*

La sin igual aventura de Hans Pfaall, publicada en 1835, relata la aventura de una persona que va a la Luna montada en globo.

Edgar Rice Burroughs, aparte de haber creado el mítico «Tarzán», ha escrito una serie de interesantes obras de ciencia-ficción, desarrolladas algunas de ellas en Marte. También a Dan Dare se le puede reseñar como uno de los pioneros de este género.

Y estos son los pilares. Desde Luciano de Samosata a los finalmente mencionados. Posteriormente, infinidad de escritores han surgido en cada año. Y en la actualidad pasan de miles los que se dedican a la ficción científica. Pero esto ya es otro capítulo.

Novelas de Anticipación
Y LIBROS DE CABALLERIA

FERNANDO PONCE

El pensamiento del hombre, desde siempre, ha vivido en constante alerta ante el mundo exterior. La historia de la humanidad se concreta en una intensa búsqueda de resortes que capaciten su penetración en el misterio. La moral de la perfección y la metafísica del progreso consisten, en este sentido, en el permanente desafío que suponen para el hombre la tentación de la aventura y la sugestión de lo incierto. En realidad, pese a los excesos de algunos progresistas y, en sentido contrario, a las no menores exageraciones de ciertos conservadores a ultranza, se trata de una constante de la humanidad. El mundo progresa sobre la base de una continuada serie de fracasos ejemplares que llevan a cabo los hombres, tanto los grandes como los medianos. Acción ante lo desconocido, fracaso y nuevas tentativas para su conquista parecen enmarcar una de las grandes trayectorias del género humano. También la biología ha sorprendido este proceso en los inquietantes laberintos de la vida. El llamado *trial and error* es el nombre característico que le ha dado.

La literatura, en acción siempre ante el hombre, ante todo lo que rodea a éste, ante lo que conquista, lo que ama y lo que desprecia, no podía permanecer ajena a esta situación. Lo persigue por sus encrucijadas, lo sigue en sus aventuras y lo mancha de sangre o de amor en una renovada preocupación por investigar lo que es, lo que piensa y lo que sueña.

HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN

Impulsada por tales móviles, la literatura de ciencia-ficción está tomando un poderoso incremento en todos los países. Tanto para el autor como para el lector, la tentación era irresistible. El género, prácticamente, ha nacido en estos tiempos. Las incursiones literarias por el campo de la ciencia que se han realizado en el pasado pertenecen más bien a intentos utópicos que a un deseo de encararse con la realidad. Hoy, los términos de la cuestión han avanzado fabulosamente y la ciencia nos tiene atrapados, guía nuestra vida, la eleva o la hunde según los deseos de quien se sirve de ella. Libros definitivos, *El mundo feliz*, *El rebelde*, de hombres inmortales, Huxley y Jünger, cada uno desde su punto de vista, entre los más significativos, han abordado este problema del hombre inmerso en la ciencia. Porque hoy vivimos en una época tal de adelantos técnicos que el mundo, en muy pocos años, está cambiando completamente sus formas tradicionales de presentarse.

En este tiempo nuestro, el interés por la literatura de ciencia-ficción se ha despertado con caracteres crecientes. La incógnita del mundo y de los mundos que tenemos al borde de la mano tenía que atraer, necesariamente, el punto de mira de la atención de los escritores, y sobre todo de los seudoescritores. La atracción se debe a la inmensidad de los misterios que tenemos delante. Se trata, sin duda alguna, de una auténtica imantación para la sensibilidad. Un viejo y sabio proverbio árabe nos ha anunciado para siempre aquello de que el hombre no puede saltar por encima de su propia sombra. Y en el aspecto que tratamos, la sombra del hombre de hoy la constituyen sus instintos, su alma y su inteligencia, alarmadas por los anchos horizontes que, abismáticos, se pierden ante su vista. Porque en esta esquina del siglo XX que estamos doblando, el signo de la época empieza a caracterizarse fundamentalmente por la irrupción de la ciencia en todos los órdenes de la vida. En otros aspectos, nuestro siglo se está portando con cierta pobreza de conquistas.

De aquí que, sin grandes riesgos, podamos afirmar que la literatura de ciencia-ficción, aparte de su importancia, y cuando vaya sedimentando nombres y consagrando obras, constituye —constituirá— una de las más valientes aportaciones a la ingente temática que aflora en la textura de nuestro tiempo. Ha ocurrido siempre así. El arte y la ciencia son, en gran parte, una llamada de lo desconocido que cada tiempo concreta y canaliza, según sus propias características. En la Antigüedad clásica fué la realidad física el estadio primero para pasar al estudio del hombre; en la Edad Media, el deseo de Dios; en la Modernidad, el cultivo del pensamiento desde el pensamiento mismo. Hoy, ya lo hemos dicho, el deseo de auscultar adónde puede llevarnos esta inquietante aventura de la ciencia.

Debido sobre todo a sus deficientes expresiones, la literatura de novelas de anticipación no ha tenido buena prensa, y cuando la ha tenido ha sido para constituirse en blanco de sus ataques. No pueden admitirse las monstruosas obras que en ingente número han inundado las librerías. Pero aparte esta consideración, en la que los buenos autores tienen la palabra, no puede pasarse por alto su hondo significado. No es despreciable ni puede ser eliminada con un simple plumazo. En ella está presente nuestra más incitante aventura. Es un presagio de lo que puede ocurrirnos, una intuición, errada o no —¿quién puede saberlo?—, para investigar las zonas de posibles acercamientos entre nosotros y lo desconocido.

UNA EPICA AERODINAMICA

Por lo pronto, la literatura de ciencia-ficción ha venido a despertar las ansias épicas del hombre. Hoy, sobre todo en España, parece ser evidente un notable menosprecio por la literatura épica. No nos interesan las gestas ni los grandes hechos del hombre. Esta moda de lo social —como si lo social nunca hubiera estado presente en la creación artística—, de las crónicas negras y de bajos fondos, de denuncias y de compromisos, está anulando en la sensibilidad del lector culto una proyección hacia rutas más nobles.

La literatura de anticipación constituye la auténtica novela de caballerías de nuestro tiempo. A ella, como en la época de Cervantes, está abierto el corazón del gran público; con ella da rienda suelta a su imaginación; en ella, abierto de par en par, se deleita, y con ella, ¿por qué no? —existen magníficas muestras de novela científica—, se instruye. Sus héroes, encerrados en sus escafandras, en sus trajes milimétricamente confeccionados, son caballeros andantes, volantes más bien, que «desfacen entuertos» por la estratosfera. Se trasladan a lomos de fantásticos bólidos, en los que esa ciencia tan viva para nosotros se conjuga con la sed más noble de descubrir nuevos panoramas humanos, sobrehumanos y extrahumanos. Los caminos por donde cabalgan son los del espacio y los del viento, los del cielo azul que se pierde en la oscuridad de portentosos misterios. En sus almas anidan las más viejas y grandes ambiciones de la humanidad. Sus posadas son laboratorios de ciencia milagrosamente colgados entre los planetas. Sus adversarios son unas veces hombres de la Tierra embarcados en parecidas aventuras, pero las más son apariencias de hombres de otras latitudes del universo. En muchas ocasiones —he aquí otra lección— hasta llegan a ingeniar medios para encontrar una comunicación entre todos los seres vivos que pueblan las constelaciones. No, no puede despreciarse de un plumazo esta nueva novela de caballerías. Sea como sea, es un inmenso horizonte para las cabalgaduras del ingenio y del corazón.

ROCINANTE SALE AL ESPACIO

Lo que hacen falta son autores serios que sepan hermanar el arte con la ciencia y la fantasía. Hasta ahora, el escritor ha bebido en la fuente de las pasiones, de las hazañas guerreras, de los choques de ideas; hoy priva buscar la inspiración en lo inconsciente, en eso que llamamos lo social o en las zonas más turbias del hombre. Cuando la literatura se ha enfrentado a la ciencia, el arte o la ciencia han quedado muy malparados. Pero ahora el arte para el hombre de las grandes revoluciones técnicas que nos rodean tiene que contar con esta ciencia tan cercana y tan nuestra en la que dos fuerzas antagónicas, la destrucción y la superación, estén enfrentadas sin remedio.

En la literatura se dejará sentir el impacto de la ciencia tarde o temprano. En las grandes obras de arte tiene que empezar a contar —de hecho ya ha ocurrido en algunos casos— la influencia de esta era técnico-científica. Revestir la ciencia de arte, unirlas en estrecha fusión: he ahí uno de los temas del arte de mañana. Hasta es muy posible que frente a esta nueva novela de caballerías un buen día un hombre, oprimido y maltratado por las galeras de los excesos científicos, nos asombre con algún maltrecho y espiritualizado personaje enamorado de una Dulcinea que habite en cualquier Toboso perdido entre las galaxias.